

forme á los sanos principios y de darle los maestros que podáis y queráis, haciéndolos venir aun de lejanas tierras, si así os agradare, en uso de vuestra libertad.

En virtud de este derecho incontestable, nos habéis confiado á vuestros hijos y los habéis puesto en este seminario, á cuyo seno, además de los maestros nacidos en vuestra patria, he hecho venir otros de lejanas regiones para que os enseñen los idiomas extranjeros y algunas ciencias que en otras naciones, mejor que en la nuestra, florecen. Es vuestro derecho que se os conserven tales maestros y que se mantenga incólume este ateneo y todos los que en iguales circunstancias se encuentran. Espero que llegado el caso sabréis hacer valer vuestros derechos de padres de familia y de mexicanos libres, y que á despecho de audaces tribunos y de falsos hermanos que quisieran circundar á México de una muralla más impenetrable que la de la atrasada China, nos encontraremos aquí el año venidero, no para llorar sobre las ruinas del edificio moral que con tanto trabajo estoy engrandeciendo, sino para proclamar en alta voz sus nuevas glorias y sus nuevos progresos.

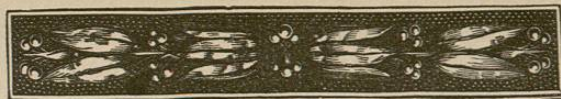


DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO

SEMINARIO DE SAN LUIS POTOSÍ, LA NOCHE DEL

13 DE NOVIEMBRE DE 1891.



HOY hace tres años, Señores, en momentos harto críticos para mi Seminario, os dirigía en este mismo lugar, y con motivo de idéntica festividad á la que ahora nos congrega, palabras que me place recordar. Hablando de cierto viaje emprendido, entre otros objetos, en pro de mi Colegio, “reanudé relaciones (os decía) con mis maestros y condiscípulos de la Provincia Romana, y visité con escrupuloso cuidado las de Aragón y Castilla. No pudiendo dárseme aquí un cuerpo completo de profesores, quise probar fortuna en otras regiones. *El tiempo dirá si mis esfuerzos fueron vanos.*”

“Por mares más procelosos he navegado (añadí) y ya dos barquillas he conducido á puerto de salvamento en medio de recios huracanes. . . . Yo sabré cuidar de esta barca y de la gente que en ella navega, en todos tiempos y en todas circunstancias. Si preciso fuere me sentaré al timón, y si lo exigieren nuevos azares, con mis

propias manos ejecutaré las maniobras, cuando para ello no bastaren los tripulantes.”

Tres años apenas han transcurrido, tres brevísimos años, y *el tiempo*, Señores, *ha hablado en mi favor*. Él ha mostrado que ahora, lo mismo que en los tiempos de Horacio, no hay barreras para el varón recto y tenaz, *justum et tenacem propositi virum*. Hoy os puedo presentar ese cuadro completo y escogido de profesores, que era mi sueño, y señalaros esa muchedumbre de alumnos, venidos aun de lejanas tierras, y que ya no puede contener el vasto edificio, aunque continuamente lo vamos ensanchando. Para hallar á unos y á otros, no he tenido que volver á Italia, ni á Aragón, ni Castilla; pero de Castilla, de Aragón y de Italia han venido espontáneamente á llenar las cátedras más importantes y aun á sentarse en los bancos estudiantiles. Los huracanes ya no rugen, las olas se han sosegado, y lejos de tener yo mismo que izar las velas ó sentarme al timón, puedo reposar tranquilo, gracias á los hábiles y numerosos marineros, y dormir sin cuidado como mi Divino Maestro en el lago de Tiberiades, aunque con el corazón despierto, por si de repente volviese á resonar el grito *Domine salva nos, perimus*.

Á la Providencia soy deudor de esta prosperidad. Si de los cuatro vientos han venido á poblar mi Seminario doctos maestros y aventajados discípulos, se debe, después de Dios, á la reputación de que goza esta mi ciudad episcopal, de religiosa y hospitalaria, de protectora de la piedad y las letras, de amante del progreso material é intelectual, de tolerante y compasiva y enemiga de todo género de persecuciones.

No se engañan los que con tales esperanzas se han acogido á sus muros ó han enviado á sus hijos á nuestras aulas; y á unos y á otros puedo asegurar que su jefe espiritual, si poco docto él mismo y menos apostólico de lo que debiera, cifra, no obstante, sus delicias en partir su pan con el docto y en albergar bajo su techo á los apóstoles. Le agrada marchar al frente de su místico ejército, y antes morirá que permitir que ninguno le arrebatase el báculo que el Señor le ha confiado. Formar al clero secular es su empeño; pero se complace al mismo tiempo en proteger esos cuerpos especiales que tanto coadyuvan al triunfo de las legiones de la Iglesia, ya en los flancos, ya entre las ambulancias y bagajes; ya defendiendo las plazas fuertes, ya en los puestos de honor y de peligro.

¡Cuán bella es, no sólo la Iglesia universal de Cristo, sino cada Iglesia particular, cuando en ella reinan esta unidad y esta variedad tan armoniosa! ¡Qué graves trastornos acarrea el menor desequilibrio! Durante el último trienio, y más que nunca en el año presente, habéis podido admirar la perfecta unión que prevalece en la nuestra. En el Seminario, sobre todo, removidos providencialmente aquellos elementos que impedían su adelanto; alejados aquellos espíritus inquietos de quienes puede decirse que *ex nobis prodierunt, sed non erant ex nobis*; ablandados los corazones que empezaban á endurecerse, todos han trabajado de consuno, animados y dirigidos por el Prelado, para la mayor gloria de Dios, y han encaminado á la juventud por el sendero de la virtud y del saber.

Así es que, cuando este año, emprendí mi viaje acos-

tumbrado á las montañas de Fiésole, pude dar al jefe jerárquico de la mayor parte de mis colaboradores en este plantel, lisonjeras noticias de sus hijos. En vez de los lamentos que otra ocasión habían exhalado mis labios, me fué grato manifestarle que hoy todo marcha á pedir de boca; que cada cual trabaja en su lugar. Tuve la satisfacción de añadir que mientras sigan, como actualmente en mi diócesi, acomodando su celo á las circunstancias, oyendo las insinuaciones de los que, al conocimiento de los hombres y de las cosas, unen la misión especial de Dios para regir determinada parte de su Iglesia, y mostrándose superiores á cuanto proviene de la carne y de la sangre, bien pueden sus hijos, aun en México y en la época presente, vivir y trabajar tranquilos, sin temor de volver á ser víctimas de contratiempos que. . . . ya hemos olvidado.

De los buenos efectos que para el aprovechamiento de los alumnos ha producido este espíritu de concordia, sois testigos cuantos tenéis en el Seminario hijos ó deudos. ¡Qué diferencia entre el Colegio de hace siete años y el de ahora! ¡Cuán superiores los exámenes que acabamos de pasar, y los que hace tres años me dejaron tan poco contento! Á todos los públicos, y á algunos de los privados, he asistido, según mi costumbre. Todas las cátedras y todos los ramos me interesan; pero la Teología, la Filosofía racional, la Retórica y las Humanidades, no sólo por mis gustos especiales, sino por lo mucho que importan á la buena educación del clero, tienen que llamar mi particular atención. Reciba el Profesor de Teología dogmática mis más sinceros plácemes por el éxito que ha coronado sus doctos trabajos. Con gran placer

escuché la disertación, redactada en correcto latín por uno de sus más aventajados alumnos, sobre la importante cuestión de la indisolubilidad del matrimonio, acerca de la cual acabamos de oír tantos y tan garrafales despropósitos en el Parlamento mexicano. Al oírlo terciar en los escolásticos debates, con esa fácil latinidad que descubre inmediatamente al que ha hablado como idioma vulgar y desde la infancia la lengua del Lacio, volaron mis recuerdos á la *Alma Mater*, en cuyas aulas él y yo nos sentábamos, pendientes de los labios de Doctores como Perrone, Franzelin, Ballerini, cuyas admirables lucubraciones escritas por nosotros bajo su dictado, y reproducidas por todas las prensas del mundo, les aseguran la inmortalidad aun en la tierra.

¡Cuán grato me fué ver en mi Seminario un reflejo, aunque todavía débil, de aquella gloriosa universidad, y de aquellas épocas de imperecedera memoria!

No menos satisfecho he quedado de los adelantos en la Dialéctica; pero han merecido mis elogios, sobre todo, los cursantes de Retórica y Humanidades. Cuando se estableció esta clase, no comprendió el Profesor su importancia, y me ví obligado á hacer en el discurso tantas veces citado de hace tres años esta observación poco lisonjera, á pesar de su suavidad: "Aunque mucho se ha estudiado la literatura española, en ese tercer año de latín, lo mismo que en el segundo, poquísimo se ha traducido, y casi ningún conocimiento tienen los alumnos, de los clásicos de la antigüedad." Hoy me complazco en afirmar lo contrario. Se han leído atentamente, y se han saboreado en esa importante cátedra, no pocos autores clásicos; y fruto de ese estudio, ya bastante profundo,

han sido los discursos latinos, que tuve la satisfacción de escuchar, y en que los alumnos que los escribieron dejan ver un conocimiento no vulgar de la literatura del siglo de Augusto, y hacen modesto alarde de lo que se denomina *elegantiae latinæ*. Á breves epigramas, ó más breves dísticos, se han reducido (y no era posible ó fácil otra cosa) los ejercicios en la poesía latina; pero éstos ya indican un conocimiento de la prosodia y del arte métrica, antes nunca soñado, y revelan un estudio razonado de los buenos poetas. Podemos, pues, esperar que, si estos jóvenes se dedican al cultivo de las musas, no se parecerán sus producciones á esa multitud de versos insulsos, hijos de la presunción y de la ignorancia, que llenan la mayor parte de nuestros diarios. Arte encantador y útil en extremo es la poesía; pero si se ha de reducir á ese prurito trivial de versificar que ha invadido á nuestra juventud, valiera más cerrar para siempre la entrada del Parnaso.

No puedo menos que insistir en la profunda satisfacción que me causa el empeño que se ha tomado en la enseñanza del latín. Así como los monasterios de la Edad Media conservaron las letras y las ciencias, que sin ellos habrían perecido, así en nuestro siglo toca á los planteles eclesiásticos conservar el estudio de las Buenas Letras, y en especial el de la lengua latina, que de otra suerte se expone á perderse. Hace once años, reunidos en España varios amigos de la antigüedad clásica, formamos una liga para difundir en ambos hemisferios el estudio de los buenos autores griegos y latinos. Hoy ya no aspiro á tanto. Me contento con que no se abandone por completo en nuestra patria el cultivo del latín.

Sean cuales fueren los adelantos que en otros ramos se hayan hecho, en éste se marcha continuamente hacia atrás. Básteme, entre muchos, un ejemplo, para probar mi aserto.

Hace como siete meses, un diario importante de la Capital de la República, al examinar, para censurarlo, no sé qué discurso sagrado, se veía detenido en su ingrato camino por unos cuantos textos latinos que citaba el orador. Aunque había dado ya la traducción castellana, como ésta era libre en extremo, se veía obligado á reproducir el original, conforme á los preceptos retóricos, y siguiendo el ejemplo de Bossuet, Massillon y demás príncipes de la Elocuencia. ¡Quién creyera que no pudieron comprender tan fáciles sentencias los numerosos y nada vulgares redactores del antiguo Diario! Los apellidaron piedrecitas que hacen tropezar al viajero en el camino más llano; pero para ellos fueron montañas insuperables, y no pudiendo escalarlas, calificaron al autor de pedante, y declararon que sólo por ridículo alarde de intempestiva erudición, había acumulado las citas para ellos ininteligibles. No de otra suerte el ignorante labriego, al oír á un inglés hablar á un compatriota suyo una lengua para aquél desconocida, se figura que lo hace por vana jactancia y lo declara presuntuoso y ridículo. Poco se figuraban los editores del caduco periódico que el idioma latino es lengua viva aún en las universidades europeas, en que estudió el orador que tan amargamente censuraban, y que ciertas citas en ese idioma salen con toda naturalidad de los labios de un eclesiástico, y son de sus colegas perfectamente comprendidas y saboreadas. ¡Quiera el cielo que el idioma de

Cicerón y de San Jerónimo sea siempre la lengua vulgar del Seminario de San Luis Potosí!

No juzgo inoportuno deciros que conforme á mis antiguos principios, otras veces en este lugar manifestados, hemos llevado la mejor armonía con los demás establecimientos de educación de esta ciudad. Varios de nuestros alumnos han ido á pasar sus exámenes al Colegio del Estado; y el Director del mismo, tan querido de todos los habitantes de San Luis, ha venido á presenciar nuestros actos literarios, acompañado á veces de algunos de los profesores á él subordinados. Gran satisfacción tuve igualmente, al oír al respetable Profesor de un establecimiento particular, interrogar á nuestros educandos, no sólo en geografía y astronomía, que posee admirablemente á pesar de la ceguera que lo aflige, sino en ramos que parecen extraños á un seglar, como la Doctrina Cristiana y la Historia Sagrada, y en que él tiene, sin embargo, profundos conocimientos.

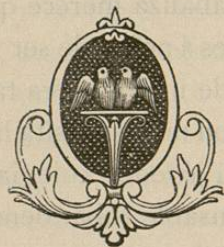
Os repito lo que tantas veces os he dicho en mis discursos anuales: no tememos la competencia, antes bien la deseamos. De ningún establecimiento nos oiréis hablar desfavorablemente; á ninguno trataremos de arrebatarle sus alumnos; sólo, sí, procuraremos superar á todos en el método, en la disciplina, en la moralidad, en la profundidad de los estudios, en la excelencia de los maestros. Ni siquiera escucharéis una palabra amarga de nuestros labios, acerca de la escuela, que bajo el nombre de Central, han abierto los protestantes, protegidos según se dice, por no sé qué secta anticristiana. Si se limitan á educar á los hijos de los pocos heterodoxos que hay entre nosotros, no tenemos derecho á vitupe-

rarlos. Si pretenden hacer propaganda, estoy tan seguro de mi pueblo, cuento tanto con vuestra religiosidad y vuestro apego á la verdadera Religión, que no creo necesario dirigiros la más leve admonición, pues estoy cierto que no os dejaréis seducir por perniciosas novedades. Los siete años que he pasado entre vosotros me dan esta firme confianza.

Os doy las gracias por haber venido á presenciar los adelantos de mis alumnos, y á acompañarme en este aniversario de mi traslación á San Luis Potosí. Los aplausos con que habéis acogido la comedia tan brillantemente representada esta noche, me han causado grata sorpresa. Temía que echarais de menos los espectáculos de grande aparato en que el año pasado y el antepasado lucieron nuestros educandos su pericia en la declamación. Si á grandes elogios es acreedor el actual director de escena, doble alabanza merece quien los dirigió los años anteriores, pues á pesar de ser extranjero, supo enseñar á los jóvenes de una manera tan admirable y preparar el escenario con tan exquisita habilidad. Pero para poder transformar á jóvenes colegiales en consumados actores, fué indispensable robar demasiado tiempo al estudio. Este año se quiso evitar tan grave inconveniente, y sin que haya perdido la declamación, han ganado la Teología, las Ciencias naturales, la Filosofía, la Retórica, las Humanidades.

¡Padres de familia! Si otras veces he cerrado mis discursos de premios exhortándoos á no retirar á vuestros hijos del Colegio antes de terminar la carrera, hoy juzgo superflua semejante exhortación. El favor de que goza el Seminario, las multitudes que acuden á llamar

á sus puertas, me indican que estimáis en todo su valor la educación que aquí damos, y el sistema de enseñanza que seguimos. Para poderla elevar á la altura que deseo, es indispensable un episcopado largo y tranquilo. Rogad al cielo me conceda permanecer todavía algunos años trabajando en provecho de una grey que sabe tan bien corresponder á los desvelos de su indigno pero amante Pastor.



EDICTO

SOBRE LA CELEBRACIÓN DEL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO
DE AMÉRICA.